

en el último acto á ir tocando el organillo de puerta en puerta.

Conste, por lo demás, que no es en clase de pianistas, ni organistas, violinistas, flautistas, campanólogos, etc., etc., como se distinguen los soberanos europeos.

Lo que tocan más soberanamente es:

- 1.º El violón;
- 2.º Las consecuencias;
- 3.º El cielo con las manos.

¡Lástima que, antes de llegar á esta última perfección en su arte, cuesten tan caros al auditorio!

Septiembre de 1889.



EQUIPOS DE INVIERNO

TODA persona conocida—es decir, toda persona cuyo nombre figura en el *Anuario* de Bailly-Baillièrre, en los libros del censo electoral y en los registros parroquiales—recibe á entradas de invierno y de verano un Catálogo del *Printemps*, *Bon Marché* ó de otros establecimientos análogos, en donde se anuncian las “altas novedades,” propias de la estación, que la casa pone á disposición del respetable público.

Este sistema de anuncios con que el comercio moderno hace retroceder hasta los tiempos del Zend-Avesta la rancia sentencia *El buen paño en el arca se vende*, va

desarrollándose hasta el extremo de que el primer Catálogo anunciando géneros de invierno que ha llegado ahora á mis manos, no ha sido el del inevitable *Printemps*, del *Bon Marché*, etc., sino el de otra casa de París dedicada únicamente á vestir... perros.

Como yo no los uso más que en forma de calderilla—y aun de éstos, pocos—estuve á dos dedos de enfadarme, por si el envío á mi nombre de semejante Catálogo era un procedimiento "delicado," é "ingenioso," para darme la alternativa de can, ahora que la ley y usanza general en las polémicas literarias consiste en un amenísimo cambio de nombres zoológicos, como los de *podenco*, *avestruz*, *puerco*, *cernicalo*, *sapo*, *vibora*, *gallina*, *penco*, *buey*...

Pero en vez de enfado, lo que sentí fué un cierto halago en mi vanidad, pues se me supone capaz de gastar un dineral en ataviar un danés ó un *king Charles*; y á par de esa aura halagüeña, experimenté también una cierta melancólica envidia—como la de Escriú, cuando decía en *Los Madriles*: "¡Quién fuera caballo!"—por no estar en condiciones de disfrutar, *yo mismo*, de las maravillas de elegancia y comodidad que se anuncian en el tal Catálogo.



No citaré el nombre de la casa, por no hacerle un reclamo; pero de sobra sabrán cuál es los favoritos de la fortuna, los que, después de satisfacer todos sus caprichos, pueden permitirse el de comprar á su galguita, á su lebel ó á su *bulldog*, el traje de visita llamado *Gentleman*, el *waterproof* denominado *Princesa de Gales*, ó el collar á lo D. Francisco de Asís.

Ya llegaremos á este collar, que es en su género el "acabóse."

Antes de hablar de él, quiero hacer rabiarse un poco al proletario y al pobre de levita—porque ya me guarda-

ré bien de plagiar á estas fechas las declamaciones de *El trapero de Madrid* y de las novelas de Ayguals de Izco—haciendo saber al trabajador que empieza á sentir el frío y no sabe cómo desempeñar su triste capa, que la última moda en trajes "de visita," para perros, consiste en un precioso gabán de paño rojo con vueltas de terciopelo negro, y que durante el próximo in-



vierno "no se llevará,, para paseo más que el *Demidoff*, de auténtico astrakán con guarniciones de *petit gris*.

Ambos "trajes,, son, según el Catálogo, *des créations délicieuses*.

Deléitense, pues, con esas noticias (sin perjuicio de renegar de la creación, ya que no de las *créations*) las infelices madres que están sin saber qué poner á sus hijos para combatir las inclemencias del tiempo, y consuélense pensando en que no andaré el mundo tan mal arreglado cuando hasta los perros tienen ya á su disposición cómodos y abrigados batines para ir por casa, de estilo Poole, y excelentes impermeables ingleses... ¡con capucha y todo!

Esto de la capucha es una nota altamente cómica; y sin embargo, se me antoja que no impedirá á muchos "rabiarse de celos aparte,, y entrar en ganas de hacer con el primer *dandy* canino que hubieren á la mano lo que hace el protagonista de *El Calvario*, de Octavio Mirbeau, con el perro de su querida, al cual halla durmiendo en su camita de verdad, con sus sábanas de batista, y su cubierta de raso azul, y su edredón... Cogerlo y estrellarlo contra la pared.

Si viviera Alberto de Glatigny, ó quien sea el autor de *La levrette en paletot*, ¡qué sangrienta y sarcástica segunda parte po-

dría poner á aquellos versos, á cuyo lado la decantada invectiva *Al murciélago ale-*



voso de nuestro fray Diego González, no pasa de ser un caprichoso desahogo de traile bien comido y bien bebido!



Famoso tema tendría el malhumorado y cruel bohemio, no con los abrigos para los perros, que de esos ya dijo cuanto hay que decir en su diatriba, sino con el collar que el ex rey de España D. Francisco de Asís ha comprado á una galguita de su particular afecto y predilección.

De manifiesto ha estado—y quizás continúa allí—en uno de los escaparates de la Exposición Universal, y los que han visto ese collar, *de oro cincelado con colgantes de turquesas*, dicen que es una maravilla de riqueza y buen gusto.

¿Qué les parece á los contribuyentes españoles? Cualquiera que sea su opinión, la mía es que bien empleado está el dinero cuando se sabe gastar bien.

¡Y cuidado con murmurar del augusto Príncipe, ni de la regia al par que perruna alhaja!

¿Quién sabe si algún día veremos ese collar, en clase de piadosa ofrenda, figurando en el sagrado tesoro de un santuario?

Octubre de 1889.



KALLOSH

AND

KARAKOLESS



No hay que tomarlo á broma, por más que, al decir del poeta,

la sociedad toma á risa
todo lo que llega al alma.

Al alma, sí, debe llegar á todos los españoles netos y castizos la angloparlomanía que se ha apoderado de nuestros comerciantes é industriales.

Nos dan en los rótulos de sus establecimientos cada ración de lengua salteada, que divide.

Las muestras más típicas de esa clase de división (que á la par de división es confusión, y á ver quién me compra un lío), son dos que se leen en sitios bien céntricos de Madrid.

Dice la una:

"John, *sastre*."

Y la otra:

"García, *taylor*."

¿En qué quedamos?

Yo, francamente, no me asombro de nada, ni nadie me aventaja en lo de obedecer ciegamente el *nihil mirari*, desde que se inauguró en la calle de Carretas una confitería—muy buena, según los golosos—con el rótulo anglo-latino de *The Criterium*, como si se tratara del famoso libro de don Jaime Balmes traducido al idioma de Billy-Hayden y Tony Grice.

Por otra parte, cada cual es muy dueño de hacer de su capa un sayo (*of her capy an sayi*, con arreglo al gusto de nuestros modernistas con tienda abierta), y no hay para qué impedir que en semejante terreno haga cuanto se le antoje *the proper cosechery*.

No será tampoco el nieto de mi abuelo quien emprenda campañas contra "el rótulo libre en la fachada," novísima enseña de los revolucionarios del comercio y la industria.

¡Nada de eso! Ya lo dije así en un semanario satírico, escribiendo un artículo titulado *The Guilladury* para "celebrar," la apertura de un establecimiento que se titulaba *The Funerary*.

—¡*Caspity* con *the letreary*!—me permitía decir, por toda broma.

Y añadía después:

—¡Adelante con los faroles! ¡*English fashion for ever*! Después de comprar dulces en *The Criterium* y de encargar una corona fúnebre en *The Funerary*, nos mandaremos hacer un par de botas en *The Psychological Zapatero*, un chaleco en *The Infundium* y unas cuantas camisas de dormir en *The Delirium*.

La realidad, que siempre va más allá que la imaginación, ha excedido mis previsiones.

Sé de muy buena tinta (como que es tinta de calamares, *la reina de las tintas* para un cocinero) que dentro de muy pocos días va á inaugurarse en las Ventas del Espíritu Santo, ó en sus cercanías, una casa titulada *The Merenderum*.

De atreverse á tanto, podía el dueño añadir también:



Of the Zebedeo and daughter.

Esto es, *del Zebedeo é hijas*, para que nadie se figure que he dicho alguna cosa mala.

Y completará el dueño la fisonomía inglesa de su establecimiento anunciando los clásicos "callos y caracoles," en la forma indicada al frente de estas líneas, y despreciando por cursi y atrasado al *restaurateur* que en sitio no muy lejano de la calle del Príncipe los anuncia así:

Grasdoubles et Escargots.

Eso está ya mandado recoger, y al afán que había antes por afrancesar los rótulos de las tiendas, ha sucedido la manía de hacerse el inglés.

—¿Por qué? pregunto yo.

Que todos los tenderos son más ó menos ingleses, harto lo sé yo ¡ay de mí! y harto lo sabrán también muchos de mis lectores, dicho sea sin ánimo de ofenderles.

Por eso mismo no veo la necesidad de acusarse públicamente de semejante defecto... Todo el que lea esos rótulos al uso, exclamará:

—¡Hola! ¿Conque aquí son muy ingleses?

Y cualquiera que sea su pensamiento, será desfavorable al mercader.

Porque si el consumidor es hombre lleno de ingleses, dirá para su capote:

—¡Bah! En esta casa deben de estar muy acostumbrados al oficio... Un inglés más para mí, y un deudor más para ellos. La cosa no tiene importancia.

Y entrará, y encargará cosas, y no las pagará.

Si, por el contrario, el transeunte es varón educado en el santo temor de Dios y de las trampas, apretará el paso y dirá para su santiguada, como el loco del cuento de Cervantes:

—¡Guarda, que es podenco!

Pero, en fin, más sabe el comerciante en su casa que el comprador en la ajena; y cuando la moda cunde, su cuenta les tendrá á los que la siguen.

Así—como queda escrito más arriba—ni me maravillo ni me enfado. Me limito tan solo á llorar la lenta, pero continua desaparición de los letreros á la culta española.

Y no digo á la antigua, porque no eran precisamente rótulos los que se usaban antaño, sino objetos como los que dieron nombre en la villa y corte á las calles del Candil, de la Espada, de la Sartén, etc., por las visibles y llamativas muestras que tenían á las puertas de sus casas un velonero, un maestro de esgrima y un sartenero.

Esto ha pasado á la historia. Hasta en las guanterías y sombrererías se ha renunciado al enorme sombrero ó á la gigantesca mano de la muestra. Los mismos barberos de los barrios bajos se desdennan ya de colgar á la puerta el clásico yelmo de Mambrino.



Los rótulos á la culta española, más modernos, pero amenazados también de desaparición, son aquellos en que el industrial rinde culto al ingenio, al simbolismo ó á la actualidad.

¡Con qué delicia leo y releo en mis "fla-

neos," por la coronada villa los de ese género que se ven acá y acullá!

La Pasionaria, tienda de gorras; *El Automedonte*, tienda de vinos; *El Ramo de Azahar*, zapatería; *La Himnovadora*, pe-

luquería y barbería, donde ya en la muestra se afeita y toma el pelo á la ortografía; *El submarino Peral*, almacén de ropas hechas; *La torre Eiffel*, tienda de ultramarinos que descubrí con asombro en el paseo de la Florida, y otros muchos que omito, son establecimientos cuyas muestras tienen para mí muchos más encantos que las de gusto extranjero y esas otras, como *El Bazar Z*, *El Sótano H* y *La Viña Q*, que al parecer no tienen más objeto—cual si fueran rótulos Frœbel—que el de ir soltando á los chicos de la calle en la faena de deletrear.

Cuando quiero elevar esos encantos á la altura de las delicias celestiales, me voy á la calle del Río y contemplo una vez más aquella famosa muestra de un almacén de frutos coloniales:

"*El progreso ante nada retrocede* (aquí la esquina de la casa) *y demostrado así lo tiene.*"

Y estos placeres superan ya los de los mismos dioses si, para remate y coronamiento de mi excursión, descubro en algún escaparate un reclamo poético por el estilo de aquel célebre que hubo en la calle de la Cruz:

Arroz, almidón, ¡caray!
yo los tengo sin afeite:
¿quiere el parroquiano aceite,
garbanzos? ¡También les hay!

Desengañense los de la angloparlomanía. Por mucho que expriman el caletre, nunca llegarán á la altura—y este es el consuelo de los españoles netos y castizos—á que llegó el inventor de este rótulo:

Géneros nacionales y del Reino.

—Pero, hombre, ¡esa es una ridícula redundancia!—dijeron al dueño de la tienda.

—No tal; mi padre lo puso hace cincuenta y tantos años, y supo lo que se hacía...

—¿Cuál era su objeto?

—Tener contento á todo el mundo... Los géneros nacionales eran para la clientela liberal, y los del Reino para los parroquianos realistas.

Octubre de 1889.



NO ME SAQUES SIN RAZÓN..

Ni me envaines sin honor, añadía la inscripción que llevaban muchas antiguas espadas de Toledo; y en verdad que si antaño era sentenciosa y elocuente, hogaño es más cómica que otra cosa.

• Tan cómica—por culpa de lo picardeado

y prosaico de los tiempos—que de seguro la habrían puesto en solfa los autores de *La gran duquesa de Gerolstein*, si hubieran nacido en España, aprovechándola para el estribillo coreado de los famosos *couplets* del sable.

Coro de señoras:

No lo saques,
no lo saques,
no lo saques sin razón...

Coro de hombres:

Ni lo envaines,
ni lo envaines,
ni lo envaines sin honor...

Regalo la idea á cualquier autor de revistas alegóricas al uso, por si se le antoja presentarnos un *coro de espadas* en algún esperimento titulado *Armería Nacional*, que es lo que priva; y extraño mucho que no le haya ocurrido á D. Carlos de Borbón—ya que á Meilhac y Halévy no había de ocurrírseles, por ser franceses—el alto pensamiento de poner *ad perpetuum* el sello bufo al clásico letrado de las hojas toledanas.

Con todo, como el estilo es el hombre, y D. Carlos, en esta lastimosa y entretenida tragicomedia de la vida española, es todo

un Léotard en eso de saltar desde lo más sangriento á lo más risible, no ha podido prescindir de poner la nota cómica en la espada que ha regalado á su yerno, decorando la hoja con esta inscripción:

Carlos de Borbón me mandó fabricar en Toledo en 1889 para su amadísimo hijo Leopoldo Salvador de Habsburgo-Lorena.

No falta, para que la inscripción quede completa, más que el clásico *Biba mi dueño*; así, con sendas *bb*, á fin de hacer llegar también á la ortografía el sistema absolutista y despótico.

Lo cómico no resulta esta vez de lo ampuloso y ronfiante, que tanto agrada á las reales personas, sino de lo ramplón y vulgarote; porque es el hecho (y llórelo Carulla, á quien ya podía haber pedido D. Carlos su buen par, digo, su mal par de endecasílabos) que el letrado de la tal espada recuerda aquello de los cañamazos:

Me hizo Josefa García, en Soria, para su querido papá en el día de su santo. Año de 1840.

Vamos, que el rotulillo de la espada del archiduque es más propio de un acerico que de un acero.

¡Oh sencillez democrática y candor burgués, cómo penetráis en el espíritu de los

más hinchados y empingorotados personajes!

¡Cuán lejos está esa inscripción de los lemas que llevaban las antiguas espadas!

Ni aun el que se llama defensor por exce-

lencia de la Iglesia usa ya el *Ave Maria, gratia plena* que mandó poner el Cid en la *Tizona*.

Tampoco le ocurre exhumar el lema de otra espada del Cid, la *Colada*, que por un lado decía *Si sí*, y por otro *No no*; y á fe que nada puede cuadrar mejor á estos príncipes modernos, condenados á

fluctuar entre concesiones y negativas.

Se acabó aquello de *In te, Domine, speravi*, que llevaban las espadas de los cruzados; terminó el *Ni Dios me engaña*, que se leía en las espadas de los aventureros castellanos, y concluyó el *¡Fotli, fotli!* sublime en medio de su obscena brutalidad, que,



según Pompeyo Gener, llevaban ciertas espadas de guerreros catalanes.

Todo eso pasó á la historia.

¿Y cómo no, si las mismas espadas han pasado también?

Comentando el regalo de D. Carlos á su yerno, ha recordado un periódico que en el museo de Postdam hay una espada que usó cierto caballero que vivió al amparo de Otón I, y el cual dió tan poco que hacer á la crónica con sus proezas, que un ingenio maligno grabó en la hoja:

“Si hubiese sido de papel, hubiera servido para espantar las moscas. De hierro para nada sirvo.”

El comentario y el recuerdo terminaban así:

“Traslado á los artifices que hacen espadas por encargo de D. Carlos.”

¡Poco á poco! ¿Por qué ha de darse esa patente de inutilidad, de espada *embolada*, por decirlo así, á la del archiduque?

Un aficionado al estilo declamatorio diría con esta ocasión:

—¿Quién sabe si esa espada, fabricada en Toledo y regalada á un príncipe extranjero, está destinada á verter sangre española?

Pero sobre que estas declamaciones han pasado de moda, la exactitud también las

condena; porque los príncipes de hogaño— así los archiduques austriacos como los infantes españoles—dejan sus espadas como el cortesano de Otón I dejó la suya.

Para mantenerse unos y otros en el goce de la lista civil y defenderse contra los enemigos de dentro y fuera—sobre todo contra los de dentro,—tienen á su disposición excelentes cañones y famosos fusiles, que cuidan de disparar los soldados de la lealtad.

Cuando éstos dejan de ser leales á un símbolo para serlo á otro, las espadas de los príncipes se convierten en espadas de Bernardo.

¡No hay *magico poter*, como canta Lohengrín, que ampare y valga á esos aceros refulgentes!

Fueron un tiempo signo exterior de la caballería. Con un cintarazo de ellos se ennoblecía al guerrero, y cuando el noble moría, se le enterraba con su espada sobre el cuerpo.

Hasta el diablo, para mostrarse en clase de caballero al doctor Faust, se le presenta

al fianco l'acciar,
la piuma al capel,
la scarcella piena...

Hoy basta esta última condición, que ya

en tiempo de Quevedo constituía la mejor y más poderosa prueba de caballeridad.

El magnate contemporáneo conserva, al lado de las espadas que esgrimieron sus antepasados contra los alfanjes moros, la navaja que privó de un noble vástago al árbol secular

al salir el señorito
de una juerga en La Taurina,

como dice, sobre poco más ó menos, un romance de Fernández Bremón.

Ni en el ejército se gasta ya la espada... La última que registran los anales patrios es el espadón de D. Ramón María Narváez; pero ¡ay! que no se inspirará en él ningún Wagner del porvenir para componer una página musical por el estilo de la fundición de la espada de Sigfrido en *La Valkyria*.

Nuestros militares no ciñen ya más que el sable, descendiente de la cimitarra musulmana.

La espada recta y con puño en forma de cruz, que sostuvo la ley de Cristo, ¿en qué ha venido á parar?

¡En el espadín de los académicos!

Como los linajes de que hablaba Cervantes, la espada ha concluído... en punta.

Y en punta roma, dirá aquí *Miguel de Escalada*.